

¿OLVIDAR O RECORDAR? ... PERO NUNCA OCULTAR

MIKEL ZABALETA

En los primeros meses de este año se ha estrenado en nuestras pantallas *La lista de Schindler*, película que basándose en un hecho real, describía el desgarrador drama del holocausto del pueblo judío bajo los nazis. Debates aparte sobre su oportunismo y/o fidelidad a los hechos, la realidad es que ha vuelto a poner de moda un tema que nunca termina de ser cerrado: la voluntad nazi de exterminar al pueblo judío y su concienzudo programa ideado para ello.

Aunque ha habido genocidios y barbaridades similares a la largo de la Historia, tanto de uno como de otro signo, éste es el único ejemplo que conocemos de un plan elaborado y dotado de una fuerte base ideológica para hacer desaparecer para siempre a un colectivo humano de la faz de la Tierra. Esto lo hace tan maligno y diabólico que hasta nos puede resultar increíble, de ahí que lo importante de la película es que no se trata de una historia ficticia, sino de hechos reales que sucedieron un día, no muy lejano por otro lado.

Basándose en la propia inverosimilitud del crimen hay una serie de pretendidos intelectuales, investigadores e historiadores, que se empeñan en disminuir las magnitudes de esta masacre e incluso en negarla en su conjunto, llegando a veces a justificarla. Amparándose en ello, logran que sectores de población lleguen a hacerles caso. Unos porque les conviene, otros porque no pueden creerlo y los más porque no quieren, no les cuesta demasiado trabajo encontrar altavoces para sus teorías. Son los *revisiónistas*, que han conocido un desarrollo importante en dos Estados de nuestro entorno, ambos con problemas de memoria y vergüenza colectiva: Alemania y Francia.

Alemania es el país más afectado por el cataclismo nazi, pues en su seno fue engendrado. Cuando terminó la guerra, la cruda realidad fue que la gran mayoría de la población se había integrado en el Nuevo Orden hitleriano, sirviéndole de base, ya fuera por activa o por pasiva. La desnazificación de todo un pueblo contaminado se antojaba muy complicada, por lo que al final se limitó a hacerla lo mejor que se pudo, o que se quiso según conviniera.



Tras largos años de convertir el tema en tabú, en los años ochenta se iniciaron las polémicas. En ellas empezaban a despuntar estos revisionistas, coincidiendo con una *nueva ola de revival nazi* que hoy día continúa.

Surgieron autores que se empeñaban en relativizar las monstruosidades nazis comparándolas con los crímenes de Stalin, poniendo así en duda su singularidad. Comparando el nacional-socialismo con el comunismo llegaban a establecer una relación entre ambos y a justificar solapadamente las atrocidades nazis como *contrarreacción a los asesinatos clasistas bolcheviques*¹.

La polémica ha derivado hasta la situación actual de preocupante eclosión del neonazismo y la xenofobia en Alemania. Las teorías relativistas de estos *historiadores* han conseguido hacerse un lugar no sólo entre la renacida extrema derecha, sino entre buena parte del espectro más conservador de la sociedad que, como el respetable diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, les utiliza para rechazar la idea de que los alemanes tengan una especial obligación de reconciliación y paz con los pueblos de Europa Oriental.

En Francia el problema del revisionismo adquiere caracteres diferentes. Sin embargo, tiene también su origen en la II Guerra Mundial y, más concretamente, en la actitud colectiva de los franceses ante la derrota y ocupación nazi y ante la extensión del holocausto a suelo francés, a judíos ciudadanos franceses.

En este caso son múltiples las vergüenzas, no sólo las de los que colaboraron con el invasor y las de los que integraron el régimen de Vichy. Están las de los derrotistas de 1.940, las de los comunistas que sabotearon la defensa en el período 1.939-40 y que no empezaron a resistir hasta la invasión de la URSS, las de toda una gran parte de la nación que prácticamente se alegró de la rápida derrota ante las Panzerdivisionen. Todos ellos impulsieron

1. Los iniciadores del debate fueron el politólogo Ernst Nolte, Andreas Hillgruber y otros dos historiadores, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer. Frente a ellos se levantó la opinión del filósofo Jürgen Habermas que les acusaba de normalizar a los nazis. Ver el artículo de Bernecker, Walter L.: *La historiografía alemana reciente*. En *Historia Contemporánea* nº 7, 1992, págs. 31-50.



la situación creada desde 1.944 por la que, tras castigar severamente a los que no abandonaron Vichy y a los colaboracionistas más directos, se convirtió al pueblo francés en un pueblo resistente desde la primera hora de la ocupación.

Pero en los años ochenta la extrema derecha francesa resurge con fuerza de la mano de Le Pen, y los pseudopensadores que antes abanderaron la reconciliación y el olvido levantan la cabeza descubriendo su verdadero rostro. Personajillos de pasado siniestro como Paul Rassinier, Darquier de Pellepoix y neonazis como Marc Fredriksen negaban directamente el holocausto y llegaban a decir que los judíos habían *inventado su propia muerte*. Más atrevidos que sus homólogos alemanes lograban incluso avales universitarios hasta darle ellos mismos el nombre de *revisiónismo* a esta escuela que en realidad no puede ser más que calificada de vergüenza para la razón².

Sin embargo, en Francia ha habido una reacción. Nada mejor contra las mentiras revisionistas y negacionistas que el multiplicar los trabajos serios y científicos sobre este período. Se multiplican los testimonios de los supervivientes que las demuestran demolidamente y en sus propias carnes, se destruyen con datos numerosos mitos sobre la resistencia, y se incide en las numerosas facetas de la colaboración.

Aquí es donde surgen los problemas y las resistencias, porque más peligrosos que los anteriores son los que podríamos denominar *olvidacionistas*, que prefieren que no se toquen estos temas porque ya se sabe... *mejor no revolver ciertas cosas... se puede ofender o molestar a alguien...* En definitiva, que no les gusta y que harán todo lo imposible por impedirlo y obstaculizarlo.

De no ser por la labor desarrollada por algunos investigadores, historiadores o no, todavía tendríamos que asistir al bochornoso espectáculo de oír cómo los revisionistas españoles negaban la responsabilidad franquista en el bombardeo de Gernika. De no ser por otros muchos que se han dedicado a peinar juzgados municipales y a recorrer los pueblos recogiendo testimonios, las cifras de fusilados por los franquistas seguirían siendo las que daban los historiadores militares, evidentemente minimizadas. Gracias a ellos y a otros muchos se está logrando profundizar en lo que de verdad sucedió en la Guerra Civil, que es nuestro referente equivalente al de la II Guerra Mundial para alemanes y franceses.

Se intenta llegar al fondo de los hechos venciendo las resistencias que son múltiples, y que no sólo provienen de los vence-

dores. Desde los perdedores también se ha intentado, en mucho menor grado, minimizar la represión ejercida sobre las derechas y se ha tergiversado su situación interna en lo que constituye una verdadera guerra de banderías. Algunos no quieren saber nada de toda tesis que profundice en su muy discutible participación en la guerra y en sus intentos de *conchabear* cuando los hubo.

Los interesados en que no salgan a relucir detalles de sus participaciones, por vergüenza, por que no les interesa materialmente o porque siguen sin asimilar que la dictadura terminó y que se les puede criticar con cierta libertad, constituyen el grupo de los *olvidacionistas*.

De un signo o de otro presionan para evitar las investigaciones, pues casi sesenta años pasados desde 1.936 les sigue pareciendo poco tiempo para hablar de estos temas. ¿Serán suficientes doscientos?. Impiden el acceso a archivos públicos: militares, de juzgados, de cárceles y prisiones. Lo restringen y dificultan cuando no pueden evitarlo y se apropian de documentación pública tal y como ocurrió con la de Franco, o con parte de la originada por el Gobierno Vasco en el exilio.

Se ve que los expurgos y quemados de papeles comprometedores realizados en la transición no fueron suficientes. Cargos públicos de la época, o familiares suyos, ponen el grito en el cielo cuando se ven reflejadas sus actuaciones, incluso aunque en su día fueran publicadas en la prensa. Reclaman un derecho a que se respete su intimidad sobre unos hechos que en su momento anunciaban a bombo y platillo, especialmente si se ven reflejados en documentos gráficos.

Todo esto se ve acrecentado si el marco en que se trabaja es el local, pues en los pueblos los cargos públicos suelen tener tendencia a considerarse menos públicos, y las bajas pasiones suelen mostrar su cara más oscura.

Por ello hay que subrayar el papel que deben cumplir publicaciones de carácter local como OARSO y BILDUMA en el intento de profundizar en nuestra historia más reciente. La historia local, en profundidad o en su vertiente más anecdótica y circunstancial, tiene su hábitat natural en este tipo de revistas, por estar las de carácter general dedicadas principalmente a temáticas más generales. Gracias a ellas se puede incidir en detalles cotidianos o en hechos menores que en otro sitio no tendrían cabida, de ahí su importancia, y la necesidad de que estén abiertas a todo tipo de interpretaciones.

Es muy difícil que se acceda a la verdad histórica, pues como ciencia humana que es, la Historia se basa en la interpretación. Quienes reclaman una Historia objetiva reclaman en realidad una historia vacía, similar a las viejas listas de los reyes godos. El investigador no puede, ni debe, esconder sus filias o sus fobias, siempre que las refleje basándose en hechos veraces, comprobables y rigurosos, sin omisiones ni tergiversaciones voluntarias. Pero, desde luego, lo que no se debe es esconder la cabeza como el avestruz ante temas molestos, siempre que los datos sean ciertos y necesarios en su exposición.

Sólo nos queda animar a todos los interesados en profundizar en el pasado de nuestro pueblo a que utilicen estas revistas locales como cauce, y a que éstas sepan estar a la altura de las circunstancias y de los tiempos que vivimos. Favorecer la difusión de trabajos locales de una forma abierta y progresista, combatiendo revisionismos y olvidacionismos ésa debe ser su tarea. ■

2. Dosse, Françoise: *La Historia Contemporánea en Francia*. En *Historia Contemporánea*, nº 7, 1992, págs. 17-30.